

Guillermo Lora

**ENSEÑANZAS DE LA SEMANA
TRAGICA**

(Se impidió a las MASAS
resolver el problema político)

EDICIONES

MASAS

1979

I

El poder de las bayonetas

Inquietud de las fuerzas armadas	4
Juicio de responsabilidades	6
Rebelion universitaria	8
El poder de las bayonetas	10

II

Inviabilidad de la democracia

La democracia y el golpismo	12
La democracia boliviana	13
La supercheria de la "voluntad popular"	17
La democracia de nuevo tipo	18

III

El cuartelazo del Coronel Natusch Busch

El interinato	20
Condiciones para el cuartelazo	23
Causas de la caída de Natusch	26
De la ficción a la realidad	30
La huelga general	31
El Comité Democrático Antifascista	36
Arremetida contra el gorilismo	39
¿Y ahora que?	44

Se impidió a las masas resolver el problema político

I

El poder de las bayonetas

Inquietud de las fuerzas armadas

Quince días antes del golpe de Estado o cuartelazo encabezado por el coronel Alberto Natusch Busch hubieron innumerables intentos encaminados a poner a salvo el remedo democrático de la constante arremetida de los sectores castrenses, visiblemente molestados por las consecuencias del mal funcionamiento del parlamento que no tiene capacidad para definir la conducta del Poder Ejecutivo, pero en cuyo seno se puede perorar dentro de ciertos límites.

No bien los obreros y la clase media -esta última empujada por la excesiva pobreza hacia las posiciones radicales del proletariado- pudieron desarrollarse libremente y exigir mejores condiciones de vida y de trabajo, tembló el deleznable armazón de la "democracia" y tambaleó el aparato estatal.

Las Fuerzas Armadas dijeron que les inquietaban tres cuestiones conflictivas: los despropósitos que contra ellas se lanzaban en el parlamento; las exigencias y las huelgas de la Central Obrera Boliviana y el amenazante movimiento estudiantil. El presidente Wálter Guevara

Arze informó que alrededor de estos temas giraron sus discusiones con los jefes castrenses, golpistas o no.

No está en disputa la legitimidad del derecho a la discrepancia, como generalidad, sino la libertad concreta de los explotados para organizarse, movilizarse y luchar por mejoras condiciones económicas. Esto inquieta al empresario acostumbrado a que el Estado burgués le garantice la pacífica apropiación de la plusvalía, basamento del "orden social" imperante. La Constitución Política consagra el derecho de huelga, pero el gobierno burgués de turno -que constantemente rompe, el marco supuestamente democrático- considera a los paros como actitudes subversivas. Ni siquiera los regímenes altamente democráticos cumplen a cabalidad las normas constitucionales cuando éstas favorecen a los sectores mayoritarios.

La Central Obrera Boliviana actuó moderadamente y en el marco del esquema democratizante, estuvo empeñada en cooperar con la clase dominante en el empeño de sacar de la crisis económica tanto a las empresas estatizadas como privadas.

Su mayor delito fue proponer una leve mejora de las condiciones de vida de los trabajadores. La satisfacción de estas demandas habría alterado los planes gubernamentales, lo que explica la resistencia oficial a las exigencias laborales que dominó, en este período.

La acción violenta para aplastar a una Central Obrera Boliviana democratizante debido a la orientación proburguesa de la burocracia, tiene una raíz más

profunda: el temor de que a través de ella las masas pudiesen irrumpir impetuosamente y acabar hasta con los ensayos democratizantes. El Alto Mando castrense estuvo temeroso de que se repitiese la experiencia de 1970-71.

Juicio de responsabilidades

El acto más osado del parlamento fue -¡quien lo creyera!- el inicio del juicio de responsabilidades contra el ex-presidente Hugo Banzer Suárez. Pleitos sémejantes menudearon en nuestra historia, pero esta vez, quiérase o no, quedó involucrado el ejército, convertido en la fuerza subterránea que busca acabar con el legislativo. Los actos de un presidente de la república son políticos y no subproductos de las secreciones glandulares de un caudillo, aunque se trate del personaje más perverso. El gobierno, democrático o no, es el administrador de los intereses generales de la clase dominante, en esta medida sus actos son políticos. El parlamento no tuvo el coraje de colocar en el banquillo del acusado a la clase opresora y a "su" ejército; se esmeró en convertir el mencionado "juicio" en la pieza maestra del escamoteo alrededor del personaje caído en desgracia.

El general Banzer jugó un papel de importancia política no por sus merecimientos personales, que son limitados en extremo; llegó a la presidencia de la república por encarnar a fuertes tendencias castrenses del nacionalismo de extrema derecha, vale decir fascistas. Ya sabemos que la expresión más acabada del nacionalismo de contenido burgués es el Movimiento Nacionalista Revolucionario.

Los enjuiciadores de la conducta del general gorila no han podido menos que convertir a las Fuerzas Armadas en el objetivo obligado de sus diatribas, esto pese a sus buenos deseos. Los jefes y oficiales se han levantado al unísono para repudiar el juicio de responsabilidades, que lo consideran un ultraje al ejército y la prueba de que se busca destruirlo. Pese a todo, los parlamentarios que sostienen -entre ellos esos curiosos "socialistas" que tan aplicadamente difunden la política burguesa democratizante- que el golpe de Natusch buscó únicamente evitar el juicio de responsabilidades como recurso parlamentario están equivocados.

El mencionado juicio no prosperará porque importe, en general, una manera de supervigilar a posteriori los actos del Poder Ejecutivo, sino porque esta vez puede revelar la verdadera naturaleza del ejército boliviano y el papel que juega en la política, lo que significaría, en último término, cuestionar a toda la clase dominante.

De una manera normal, el ejército -que concentra la capacidad coercitiva del régimen- es uno de los pilares de sustentación del Estado burgués. En Bolivia se ha convertido, en cierto momento de su historia, en el único poder; los generales pueden o no estar en el Palacio Quemado, pero retienen en sus manos el timón de la nave gubernamental.

Las Fuerzas Armadas no se limitan a contener a bala la insurgencia de las masas explotadas, sino que toman, a nombre de la burguesía, las decisiones políticas de mayor trascendencia. Es el único partido burgués con real vigencia y las personas y grupos que desean hacer

carrera no tiene más recurso que asirse de la casaca de los generales, no para servirse de ellos, sino para servirlos con obsecuencia. Una de las consecuencias de la periclitación del nacionalismo es el fin de los partidos burgueses civiles.

Estamos frente a la acentuada disgregación de ese descomunal partido que fue el Movimiento Nacionalista Revolucionario; como fuerza nacionalista decisiva, derechista o populista, no queda más que el ejército. Pese a que las bayonetas han sido construidas para derribar al enemigo violentamente, al margen de toda consideración democrática, pagan también tributo a la época en la que les toca actuar. El ejército boliviano está lejos de ser una fuerza en ascenso, capaz de ofrecer a las masas una clara y progresista perspectiva, usa la violencia en el vano intento de hacer reflotar al nacionalismo, condenado a seguro naufragio. A pesar de ser una fuerza en caída, es la única que puede traducir en acción los designios de la clase dominante y del imperialismo. La burguesía se consuela pensando que los políticos uniformados pueden todavía ofrecer fórmulas inéditas, y con capacidad movilizadora. La acción es resultado de que los argumentos y las discusiones son despiadadamente reemplazados por los fusiles y éstos sólo pueden actuar si hay unidad en las cumbres ejecutivas.

Rebelion universitaria

La Universidad autónoma, la única que puede permitir el desarrollo relativo de la cultura, choca con la política

totalitaria que se empeñan en poner en pie los grupos castrenses. Esto fue evidente durante el gobierno Villarroel y después de 1952, cuando el nacionalismo vivía sus mejores momentos. En su período de decadencia, lo que, no excluye que conozca momentos de euforia organizativa, universidad libre y gobiernos militares son extremos que se excluyen.

No bien la universidad logró emanciparse de la dictadura gorila, gracias al empuje de la clase obrera, demostró que su destino no es otro que el de actuar como canal de movilización de vastos sectores de la clase media hacia las posiciones del proletariado. La clase dominante boliviana, herida de muerte como se encuentra, recurre a la brutalidad de los generales para mantener a los estudiantes bajo su control. La clase revolucionaria enarbola sus concepciones contra las ideas oficiales y tiende a subvertir el orden imperante, en este terreno la universidad juega un papel remarcable. Las ideas heréticas son propias del proletariado pues sólo él tiene el privilegio de utilizar la verdad y la ciencia sin violentar sus intereses materiales y el objetivo de su liberación.

La autonomía no es buena ni mala por sí misma, su orientación está definida por la tendencia política que logra timonearla. Puede ser instrumento liberador en manos de la clase obrera y en el proceso de lucha contra el imperialismo y los sectores burgueses criollos que lo sustentan, o bien colocarse al servicio de la reacción. El hecho de que la autonomía signifique independencia frente al Estado burgués permite a la universidad poder desarrollar una política contraria al orden constituido. La universidad autónoma es la que menos puede confinarse

en los estrechos límites del academismo y casi de manera natural desemboca en la actividad política, es esto lo que molesta a los regímenes totalitarios. La cúpula militar que encarnó a las tendencias democratizantes, vio con desagrado la vigorosa y prometedora actividad de los estudiantes.

El poder de las bayonetas

La existencia real y la fuerza del Ejército-Partido no arrancan exclusivamente de los rasgos diferenciales del ejército, sino del hecho de que la clase dominante se abandona en brazos de los generales, a fin de poner, a salvo sus intereses seriamente amenazados por las masas subvertidas. La desesperación le obliga a jugar sus últimas cartas de sobrevivencia frente a la arremetida obrera y una de ellas es, precisamente, la fascista.

El que los grupos y gobiernos castrenses ostenten los más diversos matices (democratizantes hasta fascistas) no se debe a que son parte del ejército, sino a que corresponden a las tendencias que se agitan en el seno de la burguesía. Pueden los militares, sobre todo cuando encarnan regímenes totalitarios, ser más efectivos en la acción, lo que no debe confundirse con la capacidad para solucionar los grandes problemas nacionales, pues en este terreno no pueden ir más allá que las metas que pueden alcanzar los sectores más osados de la burguesía.

Los políticos profesionales, inclusive los "izquierdistas", han caído en el error de creer que las elecciones de 1979

significaron nada menos que la efectiva transferencia del poder de manos de los militares a los civiles, esto como un proceso reversible. Lo sucedido posteriormente ha demostrado que las fuerzas armadas seguían siendo el único poder en el país. Consumado el golpe gorila del coronel Alberto Natusch, el ejército continuó jugando el papel protagónico y desisorio en las negociaciones emprendidas para encontrar una salida a la crisis política, lo que convirtió a los jefes militares en jueces de su propia aventura. La clase dominante no puede prescindir del ejército-partido para el cumplimiento de sus planes político.

La formalidad democrática no puede sustituir a la realidad política concreta. El ejército seguirá reteniendo el poder en sus manos y será el partido político burgués más importante, esto funcione o no el parlamento, sean civiles o militares, hombres o mujeres, los presidentes de la república que vengan. Dicho de otra manera: la forma y conducta que asuman los futuros regímenes serán definidos por las Fuerzas Armadas, por la alta jerarquía castrense. No hay razones, al menos por el momento, para esperar que en el futuro inmediato aparezcan poderosas agrupaciones políticas burguesas capaces de sustituir ventajosamente al ejército en su papel de árbitro de la política burguesa.

II

Inviabilidad de la democracia

La democracia y el golpismo

El golpe de Estado castrense del primero de noviembre de 1979 ha vuelto a demostrar la inviabilidad de la democracia formal en nuestro país, su extrema vulnerabilidad. Las Fuerzas Armadas condicionaron autoritariamente el funcionamiento tanto del Poder Ejecutivo como del parlamento. Ninguno de estos poderes demostró ser soberano, ambos solicitaron la venia de las Fuerzas Armadas para poder seguir existiendo. Algunos argumentarán que la existencia del parlamento probó que la democracia era una realidad. La anteojera subjetivista ha obligado a nacionalistas e "izquierdistas" a maniatarse en las redes de la defensa incondicional del parlamento y de la democracia.

El programa de los golpistas, entre ellos se encontraban figuras visibles del Poder Legislativo, no eliminaba al Parlamento, sino que condicionaba su funcionamiento a las necesidades de la Junta Cívico-militar. El parlamento no era el enemigo principal, sino el taparrabos para que los gorilas ocultasen su verdadera figura. Se trata más de una ficción que de un poder real. La farsa jurídica dice que es las cámaras legislativas son el resultado de la voluntad popular y es por esto, precisamente, que se pensó colocar al parlamento como aditamento distraccionista en el ojal de la chaqueta de los golpistas. La torpe maniobra no

buscaba complacer a los "demócratas" bolivianos, sino a la "democracia" imperialista norteamericana.

Surge la siguiente pregunta: ¿dónde se incubó el cuartelazo?. Resulta inconcebible que hubiese tenido lugar después de que la "voluntad popular" -dizque fuente de los poderes del Estado y de su soberanía- constituyó, mediante el voto, el Parlamento, de cuyo seno salió un Poder Ejecutivo contrahecho, pero que, en fin, podía considerarse como la expresión indirecta y artificiosa de la masa votante. Se esperaba que la superioridad de la democracia frente a la dictadura, evidente después de la tenebrosa experiencia del banzerismo brutal, garantizaría la imposibilidad de su involución hacia la dictadura. La libre expresión de la "voluntad popular" debería haberse convertido en muro infranqueable opuesto a todos los intentos golpistas. Los hechos han demostrado todo lo contrario: el voto universal, el Parlamento, la presidencia interina y otras lindezas resultaron ineptos frente al cuartelazo. Pero los golpistas han tenido que replegarse a sus cuarteles. Sí, pero no porque fueron derrotados por los parlamentarios, sino por la división de las Fuerzas Armadas, por la resistencia de las masas y por la repulsa internacional, incluida la del imperialismo.

La democracia boliviana

Se dice que es impropio pedirle mucho a nuestra "democracia", pues apenas si es un intento, un tierno retoño que no alcanza a empinarse por encima del surco, que precisa de cuidados para fortalecerse y poder caminar

con sus propios pies. La verdad es otra: la supuesta "democracia" boliviana -en realidad no es más que una farsa- va sobrepasando los cien años. Correspondió a la avanzada liberal del pasado el proyecto de estructurar una vigorosa democracia, forma de gobierno adecuada para la soñada modificación capitalista del país. A fin de que la criatura se desarrollase lozana, al margen de la influencia negativa de las multitudes iletradas, se la convirtió en estrictamente elitista y se declaró que se basaba en el retorno de los militares a sus cuarteles.

El experimento tuvo lugar en condiciones económico políticas excepcionalmente favorables: bonanza de las exportaciones, invasión de capital financiero, apoyo de las masas al partido de gobierno. El ensayo fracasó y el Partido Liberal se debilitó y escisionó en medio de polémicas acerca de sí había o no pureza de sufragio. Saavedra realizó un descarnado aunque erróneo balance del fracaso, habiendo concluido alineándose detrás del fascismo, al que consideraba socialista. En esa experiencia negativa se encuentra la clave para explicar el actual intrínquilis político.

La "izquierda" iletrada ignora que entre los intelectuales hay tradición anti-parlamentaria y de rebelión contra la democracia burguesa. El punzante y ático Carlos Medinaceli es una de las cumbres de esa tradición. "Estamos convencidos -dijo- no solamente de la inepticia de la última Convención de 1938, sino de todas las Convenciones... desde la Asamblea Constituyente de 1826..., que comenzó por cometer la estupidez de aprobar a ojo cerrado la llamada Constitución bolivariana..., sino que estamos profundamente evidenciados... del

fracaso mundial del parlamentarismo tipo siglo XIX". El escritor no distinguía las diferencias entre nacional-socialismo y comunismo y tampoco comprendía lo que es la dictadura del proletariado: "Para quien esto escribe, sólo caben dos soluciones para librarnos de la plaga del parlamentarismo tradicional: o el cesarismo totalitario... o el sindicalismo, el parlamento tipo siglo XX, la dictadura del proletariado, el congreso de obreros manuales intelectuales..."

La estructura económico-social boliviana se caracteriza por la excesiva pobreza, por la agudeza de las contradicciones clasistas, por la ausencia de una clase media enriquecida e interesada en defender sus privilegios. Así se traduce la doble tragedia del país: la que emerge de su tardía incorporación a la economía capitalista y del poco desarrollo del capitalismo, de su atraso. La clase media enriquecida redondea las aristas de los polos extremos de la sociedad y se convierte en terreno abonado para el reformismo y las teorías acerca del tránsito pacífico (parlamentarista) del capitalismo al socialismo. Constituye el pivote indispensable para el desarrollo del parlamentarismo, proporciona las ideas que sirven para justificarlo. Una clase media rica es el resultado del enriquecimiento del país, por esto en Bolivia no ha podido aflorar y tampoco lo hará en el futuro. La democracia es un lujo que sólo pueden darse los países ricos.

Nuestra clase media vive en peores condiciones que el proletariado y se mueve naturalmente detrás de éste. El radicalismo estudiantil es una de sus consecuencias. El artesanado andrajoso y la masa campesina pauperizada

son cargas explosivas que tornan virulenta la marcha del proletariado. Estas circunstancias, propias de un pueblo empobrecido por el saqueo imperialista y por el enorme peso de la herencia precapitalista, han impedido la permanencia y florecimiento del reformismo y hasta del centrismo, han determinado que el nacionalismo cumpla su ciclo en un plazo relativamente breve. La lección de nuestra historia: el parlamento ha saltado hecho astillas víctima de la lucha de clases. Se trata de una criatura deforme e incapaz de definir la suerte del gobierno y de la política. Por añadidura vivimos en un régimen presidencialista. El propio ordenamiento jurídico convierte al parlamento en caja de resonancia del hipertrofiado Poder Ejecutivo y la práctica ha demostrado que no es imprescindible para el funcionamiento del aparato estatal. En Bolivia la dictadura burguesa es brutal y no se encubre con ropaje democratizante. La oposición clasista revolucionaria no puede desenvolverse dentro de nuestro parlamento, como demuestra la expulsión del Bloque Minero Parlamentario de las cámaras legislativas (1949), que tuvo el coraje de convertir la curul en tribuna revolucionaria. La oposición de hoy, indispensable para dar la apariencia de liberaloide a un régimen, se esmera en comportarse como democrática, a gusto y medida de la burguesía; sin embargo, tiene que retroceder ante el sable desenvainado no bien se atreve a hablar en voz alta o a pedir el cumplimiento de la ley.

El parlamento puede existir en la medida en que subalternice su rol y no cuestione la legitimidad de los actos del Poder Ejecutivo, en que se torne del todo inocuo. El régimen democrático burgués consiste en que el parlamento permite el funcionamiento de los

otros Poderes del Estado y decide la fisonomía que debe tener el gobierno. Esto no se da en Bolivia como una necesidad imprescindible y no sucedió esto ni siquiera en la época de oro del liberalismo, instrumento del capital financiero.

La supercheria de la “voluntad popular”

Se parte del falso supuesto de que los ciudadanos pertenecientes a diferentes clases sociales al votar se inclinan definitivamente por una opción política. En realidad, modifican sus opiniones constantemente y de esta manera sus “representantes” se apartan de ellos cada día más. Lo único verdaderamente democrático sería conquistar el derecho de revocatoria de los “representantes”, que no existe en la democracia más perfecta. En cierto momento existe todo un abismo entre lo que dicen y hacen los legisladores y la voluntad de los ciudadanos. Si hubiera una efectiva unidad entre legisladores y masa votante, el parlamento se tornaría invulnerable y contra él nada podrían las espadas de los generales. Actualmente, los trabajadores y otros sectores populares repudian a los parlamentarios, lo que constituye un derecho -expresión de la verdadera democracia- de los explotados y oprimidos.

La crisis abierta el primero de noviembre de 1979 ha puesto al desnudo la extrema debilidad del parlamento boliviano. Los politiqueros se consolaron con el argumento de que era el único Poder constitucional, pero así y todo su existencia precisó el visto bueno de las Fuerzas Armadas y de la Central Obrera Boliviana COB,

que demostraron tener mayor capacidad de decisión que el Legislativo. La argucia leguleyeca fue llevada por el viento: no es suficiente acumular sufragios, es preciso tener la capacidad de sobrevivir y convertir en realidad las decisiones que se adoptan. El Parlamento no fue capaz de eliminar del escenario a los golpistas, tuvo que negociar con ellos, merecer su tolerancia para existir. La "voluntad popular", tan manoseada durante el conflicto, tuvo que agachar la cabeza ante el sable y las resoluciones de la Central Obrera Boliviana.

La democracia de nuevo tipo

La "izquierda" cree en la posibilidad del desarrollo de la democracia, olvidando que sólo puede ser consecuencia de un vigoroso desarrollo capitalista, que sería su basamento material. La frustración del nacionalismo prueba que no conoceremos un capitalismo puro y floreciente; en la misma medida, tampoco pasaremos por la experiencia de una vigorosa democracia formal, que supone un amplio desarrollo parlamentario. Si la democracia no es viable en Bolivia, ¿por qué la mayor parte de la "izquierda" se ha tornado democratizante? Porque no solamente han dejado de ser marxistas, sino porque han capitulado en toda la línea ante la burguesía nacional. Sostienen que si las fuerzas productivas sólo han madurado para hacer posible la revolución burguesa, es obligatorio buscar la estructuración del Estado dentro de la forma democrática. Para los demagogos no es cómodo teorizar acerca de la inevitabilidad de la democracia burguesa, por eso vienen hablando de que estaríamos inmersos en un parlamentarismo de nuevo

tipo, que nada tendría que ver con el tradicional. A esta "nueva democracia" se la califica "social", para insinuar que está siendo estructurada por los explotados. ¿Cómo se produjo este milagro? De una manera sencilla, el voto favoreció a algunos "socialistas", los más integrantes de frentes burgueses, lo que permitió que ingresasen al destartado edificio parlamentario, para transformarlo radicalmente desde dentro. Si el Legislativo puede trocarse de burgués en socialista, igual mutación puede sufrir el Estado en su conjunto. Así ha quedado consagrado el reformismo: la vida parlamentaria por sí misma y, sobre todo, la participación de algunos dirigentes sindicales en ella puede, sin pasar por el accidentado indefectiblemente por el accidentado camino de la revolución, conducirnos a la sociedad sin clases. El Partido Socialista-1 ha abandonado toda su palabrería demagógica anterior a fin de salvar la democracia y no ha dubitado en dar su confianza a la Presidente de un gobierno burgués. A todo esto Marx llamó, en su "18 Brumario", cretinismo parlamentario.

III

El cuartelazo del Coronel Natusch Busch

El interinato

El gobierno interino de Walter Guevarra Arze, tan machocadamente llamado "constitucional" nació sin vitalidad, pese a que fue el resultado indirecto de las elecciones. El empate de las fuerzas nacionalista contendientes, enervante como todo empate, limitó las posibilidades del interinato. El camaleónico doctor Guevara pudo superar la desventaja de haber llegado a la presidencia por casualidad y como el punto de equilibrio, gracias a su aislamiento político, de las tendencias que pugnaban por ganar el poder. La ambición no es un sustituto del partido de masas, lo que explica que el interino no hubiese podido, pese a todas sus maniobras, lograr un significativo apoyo de la ciudadanía y del ejército. Su debilidad política se convirtió en inoperancia administrativa: dejó hacer simplemente y su actitud negativa le acarreó la embravecida resistencia de las masas hambrientas y también de los empresarios deseosos de contar con un régimen eficientemente fuerte y estable. Únicamente el Departamento de Estado norteamericano se jugó íntegro en apoyo de Guevara.

En los momentos de mayor agudeza del conflicto entre la mayoría nacional y los golpistas, cuando predominaba la idea de preservar la supuesta "democracia", Wálter Guevara no logró convertirse en caudillo, su palabra

ni orientaba ni arrebatava a las masas. Repetía a toda hora que era el único presidente constitucional, pero nadie parecía percatarse de la advertencia. El que llegó a ser Mandatario por accidente, apareció también por accidente como Político en desgracia y empujado a una estudiada clandestinidad. Los desposeídos en ningún momento, ni siquiera cuando se sintieron desorientados por la presión de la burguesía democratizante, lograron encarnarse en el presidente interino o en el opositor al golpismo. En los últimos instantes de su actuación pública tuvo la ocurrencia de sostener que las masas que lucharon contra el gorilismo lo hicieron por fidelidad a su persona y a su gobierno.

Es cierto que Guevara quiso salir de la soledad, superar la resistencia de las masas que lo tenían tan a menos. Por pocos días pudo ganar el derecho a la convivencia con los generales haciéndoles importantes concesiones. En sus confesiones demuestra que su actitud no hizo otra cosa que alentar a la conspiración, uniformada, cuando ésta ya se movía afanosamente se lanzó, como doctor altoperuano que es, a discursar ante quienes estaban engrasando las armas para emprender su aventura. La ausencia del apoyo de capas sociales importantes pretendió ser salvada con frases sonoras, con promesas y con veladas amenazas. El Presidente interino fue arrastrado de un extremo a otro por los democratizantes y por el gorilismo, no pudo jugar un rol bonapartista, se transformó en objeto de odio y de desprecio para todos. Concluyó como un pretexto cómodo para justificar la asonada.

Interpretando los deseos de clase dominante planteó la

concentración nacional de las tendencias democratizantes e inclusive de la fascista (ADN). Era una fórmula y nada más. El Movimiento Nacionalista Revolucionario Histórico y el Movimiento Nacionalista Revolucionario de Izquierda estaban empeñados en convertirse en ejes de un amplísimo bloque electoral, por esto no les convenía cargar las consecuencias de la inoperancia del solitario Guevara; los que le tomaron la palabra fueron los banzeristas, porque así se legitimaban como fuerza "democrática". Con todo, afloró una corriente intervencionista, enraizada en la ambición y sed de poder de la militancia movimientista de base y de los caudillos medios: los emeeneres se resquebrajaron. La unidad resultó problemática porque suponía meter en el mismo saco a los que sirvieron al general Banzer y a los que lograron aparecer como paladines de la democracia. Los trajines frentistas fueron la cobertura que ocultó el desplazamiento de la ambición movimientista hacia los jefes militares golpistas. Días antes aquellos subrayaron su democratismo al repudiar el cogobierno con la ADN. Todo se reducía a una maniobra que pudiese justificar el cuartelazo.

Guevara pretendió prorrogarse en la presidencia con el argumento de que en el corto tiempo de su mandato no podía resolver la cuestión económica, agravada por los pedidos de aumentos salariales y el verificativo de nuevas elecciones. La advertencia estuvo dirigida al parlamento y llevaba implícita la demanda de prórroga. La derecha (ADN) enarboló como propia la bandera de Guevara, pero no los sectores nacionalistas y los considerados izquierdistas, vivamente interesados en los nuevos comicios. Estos antecedentes dieron pie a

la especie de que el Presidente planeaba clausurar el Congreso, para así materializar su sueño prorroguista.

Lo anotado determinó que el gobierno Guevara sólo podía existir como un remedo, sin posibilidades de fortalecerse y menos de proyectarse hacia el porvenir; o era el puente hacia otras elecciones o perecía.

Parte del plan del presidente interino fue retomado por los golpistas, que soñaban con ser la respuesta definitiva en la historia. Natusch partió de la premisa de que su régimen se asentaba en el bloque de los dos emeeneres y que su fortalecimiento correspondería a la unidad movimientista. Buscando aparecer como demócrata, una forma de neutralizar la adversa presión internacional, reiteró que era algo cual cualitativamente diferente del gorila Banzer y el apoyo de éste se efectivizó subterráneamente.

Condiciones para el cuartelazo

Una forzada interpretación de la ley permitió la elección de Wálter Guevara Arze por el Congreso como presidente de la república; aquel no tuvo más remedio que reaccionar contra su progenitor, esto a fin de cobrar alguna fuerza. El Poder Ejecutivo comenzó cercenando las atribuciones privativas del Legislativo e invadió su campo, es decir, actuó como totalitario. Como no podía ser de otra manera, el Parlamento no pudo jugar un papel decisivo ante el dilema de embridar o derrocar a un presidente de la república que cometía excesos de poder, no logró encontrar un camino constitucional para

superar la crisis de la "democracia".

La movilización y radicalización de las masas planteó en términos perentorios la constitución de un fuerte Poder Ejecutivo. Los explotados, que no poseen tradición parlamentaria, se apresuraron en recurrir a la acción directa y rechazaron el distraccionismo de los legisladores. Los recursos legales resultaron inoperantes para contenerlos, la "democracia" estaba paralizada, diluida en medio de la maniobra menuda y de la farsa. La contradicción del momento político radicaba en que los caminos de la reconstitución gubernamental pasaban por la persona de Guevara.

Un gobierno eficaz y fuerte es el que se asienta en una ancha base social o en las bayonetas, cuando éstas logren encarnar la desesperación pequeño-burguesa. Había un vacío gubernamental, ausencia del administrador de los intereses de la clase dominante, pero no de poder porque éste estaba representado por el ejército, poder real que se iba transformando en irracional. La situación había madurado para los trajines subversivos y para modificar el esquema gubernamental. La conjura multifacética, alimentada por uniformados y civiles, marchaba públicamente y perorando en alta voz. Entre esos conjurados se encontraba Víctor Paz Estenssoro, que luego tuvo que sacar ventaja de su cinismo para haber creer que era extraño a los planes del coronel Natusch y de sus compañeros de partido visibles en los planes conspirativos.

La situación política impuso los límites dentro de los cuales se moverían los golpistas. La clase media es la que torna viable un golpe de Estado o convierte en popular

a un gobierno; en ese momento ansiaba un reajuste estatal, pero se mostraba horrorizada ante un posible golpe que desencadenase el caos. El fascismo es posible si logra apoyarse en la desesperación pequeñoburguesa y es esto lo que no se dio, precisamente, en la crisis de noviembre. Los democratizantes esperaban que el Parlamento resolviese "legalmente" el problema político que era conflictivo. Lo excepcional radicaba en que la clase dominante en su integridad se colocó contra el golpismo y no comprendió que la vía parlamentaria se había agotado.

La burguesía continental, moviéndose bajo la batuta del imperialismo alentaba la idea de estructurar una amplísima democracia. Más tarde, el Departamento de Estado se felicitará públicamente por la caída de Natusch. La reunión de la Organización de Estados Americanos elogió el proceso democrático boliviano y las protestas en favor de la solución de la mediterraneidad parecían ser su premio. No había más remedio que tomar en cuenta esta poderosa tendencia internacional que podía, llegado el momento, estrangular económica y políticamente al país.

Rematando esta movilización de la opinión pública contra el golpismo, la Central Obrera Boliviana decretó que la Huelga General sería la respuesta automática a cualquier cuartelazo. La decisión era acertada y correspondía a la opinión de los medios burgueses.

Se explica que el Partido Obrero Revolucionario concluyese que el golpismo castrense no podía efectivizarse por la ausencia de condiciones políticas

propicias. El cuartelazo de Natusch pareció desmentir tal predicción, que se la creyó producto del esquematismo. El que el coronel se hubiese visto obligado a abandonar el escenario demostró la corrección del análisis porista. Los golpistas dueños del Palacio Quemado por más de una semana, no pudieron ganar la confianza de la clase media o de los empresarios. La Junta de Gobierno dictó medidas demagógicas y radicales buscando arrastrar a la opinión pública y convencerla, de que era democrática y progresista (declatoria del depósito previo del 500%, convocatoria a elecciones inmediatas, fin del pacto militar campesino, etc.). La realidad a veces es cruel: para contener a la amenazante agitación juvenil, Natusch dio por fenecido, en dos oportunidades, el año escolar, que era la hilacha que mostraba la voluntad dictatorial del flamante presidente y la inseguridad y timidez de las autoridades. Los golpistas victoriosos no lograron, pues, ser tolerados. Se selló un virtual frente entre las corrientes democratizantes internacionales y los opositores criollos. Cuando la crisis generada por el cuartelazo parecía llegar a su punto más alto, los componentes del Pacto Andino lanzaron severas críticas contra los que se atrevieron a interrumpir "el proceso democrático"

Causas de la caída de Natusch

Estados Unidos timoneó la operación de estrangulamiento de los golpistas y, ni duda cabe, fue una de las causas que precipitó su rápida caída. Los "marxistas" de tierra adentro saludaron la postura democrática de Carter y no se percataron de que la nación opresora estaba metiendo

las manos en los problemas de la nación oprimida, es decir, que estaba reiterando su política intervencionista y opresora. Que sepamos, únicamente el Partido Obrero Revolucionario rechazó de manera categórica la actitud colonialista de los yanquis, el resto de la "izquierda" se sumó, como siempre, a la política imperialista.

Pueden detectarse las grandes líneas del proceso político, pero no hasta qué aventura puedan llegar las ambiciones de los caudillos. Engels anotó que no hay mayor desgracia que la llegada al poder cuando las condiciones materiales no están aún maduras para la plena realización de una capa social. Que el cuartelazo del primero de noviembre fue, extemporáneo, ha sido suficientemente demostrado por los acontecimientos. Los golpistas cayeron víctimas de su subjetivismo: descontaban que su fácil victoria los transformaría en populares rápidamente. Las ambiciones personales jugaron un papel tan importante que por momentos hicieron palidecer los rasgos diferenciales de la situación política. Lo inoportuno no fue el cambio del esquema gubernamental, pues su necesidad flotaba en el ambiente y estaba alentada por la opinión de los sectores mayoritarios y por los poderosos, sino el camino escogido para materializar lo que era deseo de todos. Lo ideal y esperado era una recomposición de fuerzas teniendo como eje al interino Guevara.

Sin embargo, las ambiciones personales por muy desmesuradas que sean no pueden por sí solas modificar una realidad política. Esta vez el coronel Alberto Natusch Busch, a quien conocimos como ministro del gorila Banzer, y los dirigentes medios de los dos emeenerres actuaron independientemente de su valimiento personal apoyados

en un importante sector del ejército. El uniforme y el sable podían, por lo mismo, permanecer temporalmente como dueños del Palacio Quemado, aunque no trocarse en la encarnación de las aspiraciones de parte de la mayoría nacional, requisito imprescindible para alcanzar la estabilidad gubernamental. Fue subrayado sobre todo por la gran prensa, que la mayoría de los oficiales no conocía los trajines del coronel Natusch; esto puede ser cierto, pero lo es también que los opositores uniformados tardaron bastante en rebelarse contra el golpista, fueron virtualmente arrastrados, por la terca resistencia que opusieron las masas, la excepción fue la de los generales Padilla y Terrazas, que tronaron contra el insubordinado que pretendía volcar la situación política. Gradualmente se les fueron sumando otros oficiales antigolpistas. Si la fuerza decisiva de la derrota de Natusch fueron las masas intransigentes, el detonante de su caída fue la escisión de las Fuerzas Armadas. Inicialmente Padilla, preocupado de señalar las deformaciones del parlamento y el extremismo de las organizaciones populares, estuvo involucrado en la conspiración y parece que le enfureció en extremo el haber sido sustituido por el corone Natuch como cabeza de gobierno. Se mostró de cuerpo entero cuando públicamente se ofertó como personaje capaz de sacar del atolladero al proceso político.

Los golpistas ganaron su primera batalla, en el campo de la maniobra y no del combate cara a cara, gracias al control de la todopoderosa fuerza aérea y del regimiento Tarapacá, con más capacidad de fuego que el resto de la guarnición paceña, ambos neutralizaron y arrastraron al resto de las Fuerzas Armadas. El regimiento Colorados y numerosos oficiales resistieron enmudecidos a los

golpistas y no ganaron las calles. A la especulación acerca de la inevitabilidad del enfrentamiento entre unidades militares enemigas, siguió el acatamiento de las órdenes dadas por el atrevido coronel golpista. La oposición cometió muchos errores por haber minimizado la fuerza de Alberto Natusch Busch en el seno del ejército.

El que los generales democratizantes no se hubiesen levantado, pese a tener mando de tropa contra el golpe del coronel Natuch ha motivado una serie de conjeturas. Una de esas teorías peregrinas es la desarrollada por Thomas Welis de la agencia imperialista AP. A la pregunta de ¿cómo un militar mediocre como Natusch, se las ingenió para entrar al Palacio de Gobierno, tomar posesión de él y hacer que sus camaradas se colocasen en línea a su lado para apoyarlo?, responde que todo fue obra de la "paranoia militar que tuvo, sus raíces en la insurrección civil contra los militares de principios de 1952". La historia es reducida a un acto de venganza. El recuerdo de las masas enardecidas tendría la virtud de unir a los militares en todas las circunstancias lo que significaría que la permanencia de los soldados en el poder es una fatalidad histórica. En ciertos límites pueden funcionar los resortes de auto-defensa del Ejército como institución, la necesaria unidad de los elementos castrenses por encima de sus opinión divergentes. A pesar de todo y en definitiva, es la lucha de clases la que determina la suerte del ejército, por encima de la más extrema "paranoia militar". En último término, las Fuerzas Armadas concluyeron escindidas y una parte considerable de ellas expresó su desagrado porque otros militares hubiesen consumado la descomunal masacre de cientos de personas. La división concluyó opacando a la

“paranoia” y abrió la posibilidad de que algunos sectores militares pudiesen actuar como correa de transmisión de la voluntad de los explotados; por este camino se puede anular la potencia de fuego del ejército y así asegurar la posibilidad de la victoria revolucionaria.

De la ficción a la realidad

Wálter Guevara Arze fue depuesto y dejado libre para que deambule por las calles de la manera más simple y sin un solo disparo de fusil; no era la pieza clave del pleito, los alzados no dejaron de preocuparse por las masas que asomaban amenazantes. Los golpistas se presentaron con camiseta prestada, como defensores del proceso de democratización que -dijeron- se encontraba en peligro por las ambiciones del presidente interino. Natusch lanzó la carnada al autorizar las reuniones del Congreso. Las condiciones adversas obligaron a los golpistas a jugar, con ficciones. El Ejecutivo de facto convivió junto a un Legislativo constitucional, este último se cobijó en el argumento de que por camino tan tortuoso preservaba a la supuesta democracia boliviana. Guevara jugó a la clandestinidad, se reunía con sus ministros y no se cansaba de firmar decretos. A su turno el parlamento quiso conocer el aire viciado de las catacumbas. Poderes Ejecutivo y Legislativo clandestinos sellaron el pacto de la mutua cooperación y del mutuo elogio. La casi aldea paceña se dio el lujo de contar con dos gobiernos al cual más inoperantes; en cierto momento era difícil decir quien era realidad y quien ficción. Natusch tuvo, la ventaja inicial de ser el ocupante del Palacio de Gobierno y de estar sentado en las bayonetas, que le resultaron

incómodas y causa de su ruina por haberse convertido en el pararrayos de la resistencia y de odio de todos. El coronel era y no era gobierno. Guevara y los suyos acabaron como polichinelas, que no pudieron permanecer en el escenario pese al apoyo imperialista. Natusch no pudo sacar ventaja de la torpeza norteamericana, esto porque su destino no era otro que el de actuar como obsecuente servidor de los imperiaslistas opresores y saqueadores. Guevara estuvo condenado a ser derrocado y Natusch a no poder consolidar su precaria victoria.

El control militar de las ciudades, el reforzamiento de las guarniciones en las minas, fueron acompañados por el recezamiento temporal del Poder Legislativo y de las universidades. En el primer momento no se decretó ni siquiera el estado de sitio, lo que denunciaba que los golpistas eran muy débiles y que esperaban desesperadamente el apoyo de la población.

La huelga general

La Central Obrera Boliviana cometió el gravísimo error de no decretar la Huelga General indefinida desde el primero de noviembre, que habría permitido aprovechar a plenitud la extrema debilidad del coronel Natusch que no atinaba a reprimir y a constituir su gabinete, debilidad acentuada por las fisuras en las Fuerzas Armadas, que hubieran sido profundizadas por la poderosa presión de las masas. Estaba planteada la coyuntura excepcionalmente favorable para el estallido y la victoria de la huelga. El no haberla aprovechado importó un crimen contra la clase obrera y el proceso revolucionario.

La postergación de la Huelga General indefinida, obra de la burocracia vinculada con los frentes burgueses, permitió el lucha democrática momentáneo fortalecimiento de los golpistas y evitó que la clase obrera tomase en sus manos la solución del problema político. Fue una actitud contrarrevolucionaria. La Central Obrera Boliviana es una organización poderosa y puede seguir una orientación revolucionaria si en su dirección se encuentran tendencias políticas que interpreten los intereses históricos del proletariado consignados en sus documentos programático ideológicos. Hoy la burocracia desarrolla una política burguesa porque sus componentes militan en partidos políticos que tienen como finalidad la revolución democrática-burguesa. Las tendencias reformistas y stalinistas se distinguen, precisamente, porque actúan como correas de transmisión de los intereses de la burguesía. A la dirección cobista le aterroriza sobre todas las cosas una profunda movilización de los explotados, pues ésta lleva el peligro de que dé al traste con el régimen de la propiedad privada y con la dictadura burguesa democratizante.

Mientras los trabajadores recurren de una manera natural al uso de la acción directa, la burocracia se empeña a estrangularlos dentro del chaleco de fuerza del democratismo burgués y del parlamentarismo. En los períodos de extrema tensión social, los obreros actúan guiados por su instinto socialista, lo que da lugar a que las corrientes revolucionarias ganen la dirección política y choquen con la burocracia conservadora, coadyuven en la constitución de órganos de poder de las masas, que ese sentido pueden tener los comités de huelga, por ejemplo. En el seno del Comité Democrático

Antifascista, se impuso el criterio de que debía procederse a la declaratoria de la Huelga General indefinida, esto si se quería derrocar a Natusch. La Central Obrera Boliviana, desoyendo la sugerencia, retrucó con un paro de veinticuatro horas. Ante nuevas demandas de ir a la batalla definitiva, la burocracia persistió en su táctica de administrar la huelga con cuentagotas. Las mismas corrientes pro-burguesas asentadas en la Central Obrera Boliviana y en el Comité Democrático Antifascista entraron en contradicción. Los sindicalistas fueron los que más conscientemente expresaron el miedo de la democracia a las masas movilizadas, tónica dominante de su política durante la última temporada. La actitud cautelosa y claudicante de la burocracia sindical tiene su fundamento en que conoce de cerca las posibles emergencias políticas que lleva en sí la huelga general, como consecuencia del impulso comunista instintivo de las masas. Los políticos burgueses se inclinaron en favor del paro general indefinido porque consideraron precipitadamente que no tendría más consecuencias que colocar en grave situación a los golpistas y así favorecer sus planas democratizantes.

La discusión fue entablada entre los golpistas y la burocracia de la Central Obrera Boliviana, en cuyo seno el stalinismo tenía peso innegable. Los sindicalistas justificaron su táctica de los paros intermitentes con el argumento de que muchos sectores obreros se oponían a la Huelga General indefinida. Esa posición se mostró en toda su desnudez cuando sostuvo, que la situación política no había llegado todavía a su punto culminante, lo que aconsejaba no gastar prematuramente un recurso extremo; cuando dijo que la Huelga General era sinónimo

de insurrección y que las condiciones para el estallido de ésta no estaban dadas, sobre todo por la carencia de armas, que lo correcto era preparar la insurrección y sólo después paralizar al país; en fin cuando se añadió que la falta de evidencia de una profunda división castrense convertía a la huelga en inoportuna. Los más radicales y los más incoherentes de la burocracia proburguesa lanzaron, la consigna absurda de huelga general sin plazo, algo así como la media aritmética entre, la de veinticuatro horas y la indefinida. La expresión vergonzante de la huelga indefinida se tradujo en incoherencia.

El Partido Obrero Revolucionario fundamentó su posición así: la coyuntura política era sorprendentemente favorable para la victoria de la huelga; cualitativamente, sobre todo por su peso político, la general indefinida es muy diferente a un sin número de paros de corta duración, sin que éstos tengan la posibilidad de evitar el desgaste y cansancio de las masas y que, mas bien, los acentúan porque contribuyen a difuminar los objetivos de la lucha; no es cierto que la Huelga General sea ya la insurrección, ésta aparece en germen en el desarrollo de aquella y puede o no materializarse según las circunstancias políticas concretas; constituye el extremo del escapismo la especie de que primero hay que preparar la insurrección y luego decretar la huelga, cuando, en realidad, ésta al evolucionar puede hacer posible la insurrección; la Huelga General tenía la trascendental importancia política de que al triunfar pondría en manos del proletariado el poder suficiente para decidir sobre la suerte del proceso político, de darle el monopolio de la iniciativa y de convertirlo en amo de

las masas y del país, podría sobre todo abrir el camino de la insurrección, tesis confirmada por los acontecimientos posteriores; la objeción de que las Fuerzas Armadas no estaban todavía suficientemente escicionadas para favorecer la utilización del "último recurso" olvidaba que el hundimiento del órgano de represión se da como resultado de la arremetida de las masas radicalizadas y profundamente movilizadas, siendo la Huelga General uno de los principales componentes de este proceso. La disputa entre las tendencias proburguesas y proletarias mostró, como en un laboratorio las líneas políticas de la futura evolución del país. Confirmando la posición porista y sin esperar ninguna sugerencia, los fabriles de Manaco y los mineros de Colquiri ingresaron a la Huelga General indefinida desconociendo, desde el primer momento, al gobierno surgido del golpe cuartelero.

Otros distritos mineros (Siglo XX, Catavi, minas del Sud, etc.) y los fabriles de La Paz conminaron a la Central Obrera Boliviana a cumplir su determinación acerca de cómo rechazar al golpismo. Pese a que existía esta tendencia, que se afirmaba y se extendía a medida que pasaba el tiempo, la burocracia se aferró a la consigna de los paros de veinticuatro horas. Mientras los sectores avanzados de la clase y los trotskystas estaban seguros que había que luchar frontalmente contra el gorilismo golpista, la burocracia utilizó su táctica huelguista en la búsqueda de discusiones componendas con los gorilas usurpadores.

El Comité Democrático Antifascista

Por iniciativa de la Central Obrera Boliviana se reunieron los partidos de la más diversa ideología para poner en pie el proyectado Comité de Defensa de la Democracia, lo que denunciaba que la burocracia buscaba limitar la actividad política dentro del marco de la democracia y del parlamentarismo. Los propiciadores, apartándose de la Tesis Política de la Central Obrera Boliviana, no consideraban que la lucha por la vigencia de las garantías constitucionales debía impulsar a los explotados hacia la conquista del poder. La importancia del proyecto radicaba en la participación de las organizaciones de masas (Central Obrera Boliviana, Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia y fabriles), lo que permitía esperar que pudiese, por la presión de los explotados, desplazarse hacia posiciones revolucionarias, posible únicamente si las masas en general reconociesen la línea política del proletariado. Las circunstancias políticas en que nació el Comité, cuya corta existencia ha pasado casi desapercibida, demuestran que tal objetivo sólo podía alcanzarse recorriendo un accidentado camino.

A diferencia del Comando político y de la Asamblea de 1970-1971, el Comité fue invadido por los frentes burgueses, no porque éstos se sintiesen obligados a someterse a la dirección obrera, sino porque estaban seguros, esto -debido a que contaban con la complicidad de la misma burocracia cobista- de convertirse en la dirección de un amplio movimiento de masas. Cuando se junta a las expresiones políticas de todas las clases, sin delimitar con nitidez los contornos programáticos de la acción, es seguro que tal frente se pondrá al servicio

de la política burguesa.

La flojedad en el enunciado de los objetivos políticos, el afán de ignorar las divergencias para encontrar forzosamente sólo lo que une, son siempre perjudiciales, para la clase obrera, que así pierde su independencia y concluye a los pies del enemigo de clase. Pese a todas las afinidades circunstanciales que puedan darse, la burguesía y el proletariado son clases antagónicas y es esto lo primero que no deben olvidar los revolucionarios.

Fue la burocracia cobista la que se opuso al pedido del Partido Obrero Revolucionario en sentido de que debía comenzarse precisando los contornos programáticos y políticos dentro de los cuales debía moverse el Comité y que no podían ser otros que los emergentes de la Tesis Política de la Central Obrera, utilizando el argumento de que era interés del momento agrupar a todos los que se opusiesen al fascismo, no importando saber por qué lo hacían. Así, los sindicalistas se despojaron del programa clasista para someterse a las decisiones y a las maniobras de la burguesía. No bien se presentó la contradicción entre la "democracia" y los portavoces de los obreros radicalizados, el Comité mostró su inoperancia y prácticamente dejó de existir. Los frentes burgueses declararon paladinamente que no estaban de acuerdo con la Tesis Política de la Central Obrera Boliviana, lo que importaba que tenían decidido imponer sus propias ideas. A su turno, la burocracia declaró que se trataba de salvar únicamente a la democracia y no de materializar la mencionada Tesis Política.

La dirección cobista podía todavía controlar y acallar a los

sindicatos en la medida en que aparecía omnipotente. Las relaciones entre la Central Obrera Boliviana y el Comité se tradujeron en una pugna muda: los sindicalistas partían del supuesto de que los partidos debían subordinarse a sus decisiones y actuar como auxiliares del sindicato. Dentro del Comité afloraron dos tendencias claramente diferenciadas: las burguesas y las que el calor de la creciente radicalización estaban obligadas a colocar en primer plano el programa del proletariado. Los burgueses usaron al Comité como a uno de sus numerosos instrumentos, no lo consideraron una dirección irremplazable. Las decisiones fundamentales las adoptaban en otro lugar, en el parlamento, en los pasillos palaciegos, etc. Las corrientes obreras estaban interesadas en poner en pie a una poderosa dirección de masas, lo que les habría permitido potenciarse políticamente. Estaban presentes dos métodos de lucha y dos objetivos diferenciados, lo que contribuyó a anular la acción del Comité. Se agotó al darse un rótulo, que sin embargo, sintetizó sus contradicciones. Si se hubiese quedado como Comité de Defensa de la Democracia habría importado su total capitulación ante la burguesía, esto no por la significación semántica del nombre, sino porque se convirtió en la bandera de los democratizantes, burgueses "marxistas". El Partido Obrero Revolucionario peleó porque se añadiese al marbete el término "Anti-fascista"; buscando darle una mayor amplitud de perspectivas, aunque ciertamente no expresaba con precisión, el pensamiento trotskista.

La experiencia ha enseñado que la mecánica de las relaciones entre dos organismos en rápida evolución como era el caso de la Central Obrera Boliviana y el

Comité se determina no por formalidades organizativas, sino por la correlación de fuerzas en el seno de las masas. En un período de convulsión social la tendencia dominante es la del predominio de la actividad política sobre la sindical, pero esta cuestión no debe formularse, como una consigna principista y mecánica, sino como algo que traduzca la cambiante actitud de las masas. Dominó el criterio de que el Comité no debía ser más que un auxiliar de la Central Obrera Boliviana; no estaban dadas las condiciones para hacer posible la preeminencia del Comité, que quedó totalmente, minimizado frente a la COB.

El problema de la huelga general mostró, de manera negativa, que había la posibilidad de que el Comité concluyese tomando en sus manos la totalidad de las decisiones. La política revolucionaria engloba todos los aspectos de la actividad social. Bueno, ni el tiempo ni las circunstancias permitieron que la posibilidad se tradujese en realidad.

Arremetida contra el gorilismo

En el Comité Democrático Antifascista, la burocracia cobista firmó una declaración desconociendo al gobierno timoneado por el coronel Alberto Natusch Busch, parece que comprendieron que habían cometido un traspie que podía empujarla a la lucha frontal contra el gorilismo y que podía concluir sobrepasándola políticamente. La declaración quedó simplemente escrita, pues Juan Lechín se apresuró en visitar al usurpador, bajo pretexto de escuchar sus opiniones, como si éstas no hubiesen sido

ya de dominio público. El diálogo entre la dirección de la Central Obrera Boliviana, los sectores democratizantes y el Palacio de Gobierno, quedó esclarecido de inmediato. Fue abierto el camino de la sucia componenda y únicamente la acción decidida y la resistencia de las masas a la burocracia, impidió que el acuerdo entre los golpistas y los opositores democratizantes quedase sellado de inmediato. Desconocer a un gobierno significa levantarse para derribarlo; por esto mismo la declaratoria de la huelga general indefinida adquiría el carácter de necesidad inaplazable.

La falta de una cabal comprensión de la naturaleza del golpe de Estado del primero de noviembre y del gorilismo que fue su autor, obstaculizó la rápida y eficaz actuación de los partidos políticos y también de la burocracia sindical, nuevamente se pudo comprobar la acentuación del choque entre esta última y las masas. A muchos, incluyendo a los socialistas, se les antojó que el equipo que rodeaba al coronel Natusch, seguramente porque se reclamó del nacionalismo de izquierda, no era gorila, y que, más bien, estaba planteando el riesgo de que fuese reemplazado por otro grupo indiscutiblemente fascista. Esta "teoría" fue esgrimida para fundamentar la urgencia del diálogo con los golpistas, que resultaba natural porque los protagonistas de la asonada y los que quedaron marginados estaban unidos por el hilo del nacionalismo burgués. El inicial equívoco en la tipificación del grupo Natusch fue el resultado del crédito que se dio a su protesta de adhesión al "proceso de constitucionalización". El coronel Alberto Natusch representaba los intereses de la clase dominante y buscaba materializarlos mediante la violencia. Dadas

las condiciones políticas, el cuartelazo estuvo dirigido contra el orden constitucional y el Parlamento, aunque su objetivo final era el de estrangular a las masas que tan activamente se venían movilizándolo y a los estudiantes radicalizados, pese a todas las declaraciones democratizantes de los golpistas. El gobierno Natusch llevaba en sus entrañas la tendencia de convertirse en fascista y era absurdo catalogarlo como democratizante. Casi inmediatamente se desenmascaró: asesinó despiadadamente a los trabajadores e hizo correr sangre obrera a torrentes. El que esa tendencia no se hubiese convertido en realidad se debió a la falta de tiempo y no a que estuviese ausente el proyecto fascista que, repetimos, no encontró un amplio sector de la clase media en el cual asentarse.

Ante el endurecimiento del gobierno gorila, la burocracia de la Central Obrera Boliviana se vio obligada a decretar, con mucho retraso la huelga general, esto en condiciones organizativas sumamente difíciles. No hubo preparación alguna y la dirección sindical apareció extremadamente debilitada. A pesar de todo, la clase obrera y las masas respondieron con una firmeza admirable. En las minas la paralización de las actividades fue ejemplar, pese al período de aguinaldo que se vivía. Los sectores mayoritarios de las masas, que recibieron el apoyo y la simpatía excepcionales de la población, se batieron prácticamente sin dirección. Como quiera que la mayoría de los partidos de "izquierda" se alistaron detrás de la burguesía, estuvieron virtualmente ausentes del escenario. Los uniformados y los paramilitares eliminaron a los que pasaban por las calles, a los que silbaban a las tanquetas, a los que levantaban barricadas, mostrando

en su tarea una saña reconcentrada. La respuesta popular fue extraordinaria, se desafió con impavidez al peligro y se luchó denodadamente con armas muy rudimentarias. Afloró la capacidad creadora de quiénes permanecen tensos en la lucha y colocados ante la necesidad de vencer los obstáculos que encuentran. En la brava batalla cayeron alrededor de 300 personas y desaparecieron otras tantas. Desde las minas llegaron los ecos de la radicalización y decisión de permanecer en el combate hasta tanto no fuese derrocado el coronel Natusch. Menudearon las protestas masivas y las manifestaciones. La vida del gobierno pendía de un pelo, el mantenimiento de la huelga habría acabado rápidamente con él. Las Fuerzas Armadas salieron maltrechas, escisionadas; grandes sectores censuraban a sus malos camaradas que habían consumado la matanza. La burocracia no dejó de dialogar con los golpistas y también con el presidente clandestino Guevara que buscaba las mejores condiciones para suspender la huelga que tan profundamente había conmovido al país y estaba a punto de derribar al gobierno. Correspondió a la dirección de la Central Obrera Boliviana salvar momentáneamente a los masacradores y a quienes estaban fraguando formas encubiertas de la dictadura castrense. La forma en que actuaron la burocracia, el gobierno (ejército) y el Parlamento, demuestra que hubo acuerdo entre ellos para solucionar la crisis política, esto cuando los golpistas habían llegado a su punto más bajo de descrédito, de aislamiento y de debilidad. Natusch leyó un mensaje derogando la ley marcial, garantizando el funcionamiento de los sindicatos y de los partidos, anunciando la pronta suspensión del estado de sitio, la reanudación del año escolar, etc. Se hizo saber que estaban abiertas, las

conversaciones entre las Fuerzas Armadas (gobierno), la Central Obrera Boliviana y el Parlamento, a fin de estructurar un régimen tripartito. En ese momento la burocracia suspendió la huelga, con el argumento de que se había logrado salvar a la "democracia". Los "izquierdistas" no distinguen entre el cumplimiento de las tareas democráticas, las grandes tareas nacionales y la vigencia de las garantías constitucionales que no es más que un aspecto secundario del proceso democrático.

Durante la huelga y después, la Central Obrera Boliviana apareció como una gran potencia. Hubo necesidad de buscar un polo de aglutinamiento, una dirección, por eso todos volcaron sus miradas a la tradicional Central Obrera y, por esto mismo, su inconducta chocó violentamente con la radicalización de las masas. La burocracia no se percató de que en el calor de la lucha se habían profundizado sus divergencias con los explotados que eran dueños de las calles. Fue unánime la protesta por la inconsulta suspensión de la huelga, mineros y fabriles continuaron parados, menudearon las censuras a la burocracia. La corriente antiburocrática ganó terreno.

En algunos sectores saltaron a la superficie tendencias que se las suponía olvidadas. La clase obrera, por el impulso de su propio desarrollo pugnó por acaudillar a la nación oprimida, el instinto socialista del proletariado se contrapuso al colaboracionismo de la burocracia; se perfiló la alianza obrero-campesina; pugnaron por incorporarse los órganos de poder de las masas.

Los explotados de La Paz se empeñaron por darse formas organizativas capaces de comprender a todos, los que

luchaban y de cumplir la función de dirección política y de autoridad para las masas.

En Siglo XX los revolucionarios sobrepasaron a la burocracia y movilizaron a los trabajadores alrededor de la Tesis Política de la COB.

En Colquiri se constituyó el Comité de Huelga, que sobrepasó al sindicato. Este comité se convirtió en la única autoridad de la región y selló un pacto revolucionario con miles de campesinos.

Los sindicatos del Sud profundizaron su tradicional radicalismo.

Todo esto estaba ya señalando lo que será la lucha de clases en el futuro: radicalización antiburocrática y anti-burguesa, encaminada hacia la conquista del poder político, como la única forma de acabar con la amenaza fascista-gorila.

La burocracia creyó que podía ahogar la franca protesta de las bases con ayuda de un ampliado de la Central Obrera Boliviana. Efectivamente, dicha reunión aprobó el informe del Comité Ejecutivo sobre la suspensión de la huelga general.

¿Y ahora que?

Cuando se trató de conformar el nuevo gobierno, volvió a hacerse evidente la conducta dual de la burocracia. Protestó respetar la independencia de clase y no

tardó en asistir a las reuniones con el Legislativo y las Fuerzas Armadas (o gobierno, pues el ejército estaba representado por el ministro de Defensa). Todo indicaba que había un convenio previo sobre la formación del régimen tripartito. La burocracia buscaba una fórmula que le permitiese sumergirse invisiblemente al seno del gobierno. Para sorpresa de ella un radicalizado ampliado de la Central Obrera Boliviana rechazó de plano toda forma de co-gobierno y ordenó al Comité Ejecutivo cobista retirarse de las conversaciones. Esta actitud de defensa de la independencia de clase, que inicial y nítidamente fuera señalada por los obreros constructores de la ciudad de La Paz, fue más tarde utilizada por la burocracia sindical para retomar posiciones; se apropió de la fórmula y le sirvió de pretexto para lograr votos de apoyo de algunos sindicatos.

De esta manera, el pleito de la conformación del nuevo gobierno quedó en manos de las Fuerzas Armadas y del Poder Legislativo. El coronel Natusch estaba dispuesto a permanecer en el Palacio a costa de nuevas masacres, esto hasta que los representantes del Fondo Monetario Internacional le conminaron a ejecutar medidas económicas realmente catastróficas, es entonces que decide replegarse a su cuartel, no sin antes asegurarse de la eliminación de Wálter Guevara como posible jefe de gobierno.

Finalmente el Poder Legislativo y las Fuerzas Armadas (gobierno) concluyeron un acuerdo nada parlamentario y nada constitucional: eliminar de un brochazo al presidente de la república que fuera elegido por el Congreso y a la

primera cabeza de los golpistas, para concluir cediendo la silla presidencial a la dama que oficiaba de presidente del Congreso. Como se ve, aquí la supuesta "voluntad popular" siguió vericuetos inconfesables y hasta burlescos para poder exteriorizarse.

Esta "solución democrática" tuvo como telón de fondo el práctico desmoronamiento de la columna de sustentación del coronel Alberto Busch Natusch. De manera continua se conocían las protestas públicas de oficiales contra el golpismo legalista". La burguesía democratizante realizó, finalmente, un buen trabajo en este sentido. Hay que recalcar que las Fuerzas Armadas pudieron, pese al debilitamiento extremo, defenestrar al nacionalista de derecha Walter Guevara Arze.

El nuevo gobierno será mucho más débil que el Guevara, esto porque la que por pura casualidad llegó Palacio Quemado no contaba con respaldo social de alguna importancia, carecía de Partido político e inclusive de ideas claras. La Presidenta estará condenada a actuar como títere del poder militar y de la creciente arremetida las masas hambrientas. Desde el punto de vista de clase será un famélico gobierno de la burguesía democratizante. condenada agachar la cabeza ante las tendencias totalitaria que son tan poderosas en el seno del ejército, que siguen siendo el verdadero poder.

Un maléfico personaje venido del Movimiento Nacionalista Revolucionario tuvo la ocurrencia de destapar, desde el Ministerio de Finanzas, el tacho de podredumbre de la economía boliviana tambaleante. El descalabro colocado ante los ojos de todos y los empresarios se afanan por

encontrar la mejor forma para que sus consecuencias sean descargadas sobre las espaldas de las masas empobrecidas. No existe ninguna razón alguna para creer o el nuevo gobierno pueda resistirse a cumplir tan triste papel.

El régimen que debuta es saludado como paradigma de la democracia y ya sabemos que la burguesía sabe sacar toda ventaja posible de la libertad consagrada en la Constitución Política para explotar a los obreros y enriquecerse libremente, bajo la protección estatal. No hay que olvidar que se sigue dentro del marco del orden social burgués.

Sin embargo, ni los empresarios, ni "su" Estado podrán y fácilmente cumplir sus objetivos. En los lugares de trabajo están los obreros intactos en su coraje y en su voluntad de vencer. Ellos saben que cuando los estómagos están vacíos, la democracia es sólo una palabra demagógica, es lanzada, sobre todo en los momentos críticos, para engañar a los tontos.

Las masas se verán obligadas a ganar las calles para defender su pedazo de pan frente a todos los manipuleos que hagan con la moneda y los precios de las mercancías tanto capitalistas como gobernantes. Los explotados se verán empujados a forjar la férrea unidad sindical para poder imponer el salario básico vital y la escala móvil con referencia a los precios de los alimentos. Partiendo de sus necesidades actuales, asimilando las lecciones que emergen de la "Semana Trágica", sabrán usar debidamente la acción directa de masas, que es la negación del parlamentarismo y legalismo burgueses,

todo esto para imponer por sí mismas o reivindicaciones, se verán empujadas a poner en pie sus propios órganos de poder y así se irá abriendo la perspectiva de la conquista del aparato estatal. Las reivindicaciones transitorias -el puente que proyecta a los explotados de su situación actual hacia el gobierno obrero y campesino- están en el escenario político desde la Tesis de Pulacayo.

La experiencia nos enseña que para la victoria revolucionaria es imprescindible que los sindicatos estén dirigidos por quienes encarnan los intereses históricos del proletariado, esto supone aplastar a la burocracia inepta y capitutadora. Tales son las tareas elementales que el POR debe cumplir en los días venideros.

La tormenta social está a la vista y el débil gobierno que inicia sus labores no podrá soportar los embates de la lucha de clases, su destino, igual que del Parlamento, es el de ser barridos por las ciegas fuerzas de la historia.

La Paz, noviembre de 1979.